

1

ES LA PRIMERA VEZ que los tubos fluorescentes no se encienden automáticamente cuando se abre la puerta del garaje. Durante los tres años largos que lleva viviendo en este edificio, nunca antes había sucedido; aunque a Federico no le preocupa mucho por cuanto puede circular bien con las luces de cruce de su vehículo. No obstante, son las cuatro y media de la madrugada, está algo achispado por los whiskys que ha tomado y, al introducir el coche en su plaza, no puede evitar que un lateral del mismo roce con la columna que hay al lado. Federico suelta un gruñido de fastidio, pero decide no enfadarse, no estropear una noche que ha transcurrido estupendamente bien.

Una noche perfecta hasta entonces para un divorciado de cincuenta y tres años, que por fin ha conseguido el sueño que venía acariciando desde hacía mucho tiempo: practicar el sexo con una mujer de cuerpo espectacular y de veintidós años, sin necesidad de pagarle. Al menos sin hacerlo en metálico. Otra cosa ha sido los gastos colaterales: varios días llevándola a comer a restaurantes de lujo, la gargantilla de oro con brillantes que le había regalado, la estancia en la suite principal de uno de los hoteles más caros de la ciudad, con el consumo de un par de botellas de Dom Pérignon... Y para un hombre como él, cuyo principal negocio se fundamenta en la usura, todo aquello suponía un auténtico sacrificio. Sin embargo está contento. Ha decidido que merecía la pena tal inversión. Sobretudo porque, a partir de entonces, cree que todo le resultará más fácil y barato en su relación con aquella *barby* jovencita y de apariencia inocente, aunque con la habilidad sexual de una cortesana parisina.

Federico apea del coche con cierta dificultad su cuerpo regordete y trajeado. Por lo visto, está bastante más mareado de lo que pensaba. Deja la portezuela abierta para aprovechar la luz del piloto interior y rodea el Jaguar dando un par de trompicones. Comprueba que, pese a afectar sólo al guardabarros trasero, la rozadura resulta demasiado llamativa: la pintura roja que circunda la columna a esa altura ha dejado su rastro sobre el blanco metalizado del automóvil. Suelta otro gruñido y, olvidándose de sus intenciones anteriores, frunce el ceño y se

enfurruña. Ni siquiera el recuerdo de la póliza a todo riesgo que tiene contratada con la compañía de seguros le devuelve a su estado de satisfacción y complacencia. Cierra el coche y emprende el camino hacia la salida del garaje.

La puerta de acceso al descansillo donde está el ascensor queda a unos cincuenta metros de la plaza de aparcamiento de Federico. Y éste avanza con paso indeciso a causa de la intoxicación etílica de su sangre y la oscuridad que repentinamente se ha apoderado del garaje, nada más cerrar su coche con el mando a distancia. Por suerte, se dice, el piloto de emergencia que hay en el dintel de la puerta a la que se dirige está encendido. Es una luz tenue y encarnada, demasiado lejana todavía, pero que considera suficiente para no tropezar con los vehículos aparcados que se interponen en su camino.

El silencio en el garaje es completo. Sin embargo, a Federico le parece oír el ruido producido por una portezuela al abrirse, procedente de uno de los coches que están delante de él. Arruga aún más su entrecejo, aunque sigue andando. Hasta que una silueta oscura y silenciosa aparece delante, deteniéndose a unos treinta metros de donde él se encuentra. Federico también se detiene y observa aquella figura entornando los párpados. A pesar de la oscuridad, se convence de que es un perro. Al fin y al cabo, parece andar a cuatro patas. Un perro grande, según calcula por la envergadura que aparenta tener. Un perro muy grande, se dice mientras vislumbra su avance, lento pero flexible, sigiloso pero decidido. Un perro que, conforme empieza a trotar, más parece otro tipo de animal. Un animal más grande que el mayor de los perros visto hasta entonces por Federico. Un animal con ojos tan resplandecientes y rojos como el piloto de emergencia que hay sobre la puerta de salida. Un animal que no tiene necesidad de emitir ningún sonido, ni el más leve gruñido, para provocar el pánico en el hombre más valiente. Y Federico, que se sabe cobarde, nota cómo moja las perneras de sus pantalones un instante antes de emprender la huida.

Se vuelve corriendo hacia su coche y presintiendo, más que oyendo, las pisadas de la bestia que le persigue. Mientras corre, calcula que la única forma de salvarse es metiéndose en el Jaguar, el cual ha dejado atrás, a no más de diez metros de distancia, aunque sumido en las tinieblas. Por eso vuelve a meter la mano en el bolsillo del pantalón donde acaba de guardar la llave de su coche. Pero le resulta difícil hacerse con ella a la carrera y termina por caérsele al suelo. Se detiene, la busca entre la oscuridad durante un segundo,



hasta que gira la cabeza para mirar hacia atrás. El monstruo sigue avanzando al trote, sin esforzarse, completamente seguro de que no se le puede escapar aquella presa torpe y asustada. Entonces Federico continúa corriendo, si bien choca enseguida y de bruces con la misma columna que antes ha rozado con el Jaguar. El golpe que se ha dado en la cara ha sido brutal y acto seguido saborea la sangre que mana de su propia nariz. Queda conmocionado, atontado, aunque sigue consciente del peligro que corre. Piensa en subirse a su coche, que está al otro lado de la columna, pero ya no le da tiempo más que a volverse, a apoyar la espalda en aquel pilar de cemento con alma de hierro. Se estremece al ver cómo aquella bestia se abalanza sobre él con una elasticidad increíble. Levanta una pierna y los brazos en un acto reflejo y defensivo que intuye no le va a salvar, pero que al menos le sirve para tocar unas orejas largas, para agarrar el pelo erizado y negro, corto y fuerte, que envuelve aquellos ochenta kilos de musculatura y ferocidad. Casi al mismo tiempo nota aterrorizado cómo unas fauces colmilludas y silenciosas, que ni siquiera se han molestado en gruñir, incitadas quizá por el olor de la orina, se apoderan de su entrepierna. En un desesperado y postrer intento por zafarse, Federico trata de mantener alejada la cabeza del monstruo agarrándole del cuello con ambas manos, pero sus temblorosos y aporretados dedos son incapaces siquiera de sujetarle por la testuz. Entretanto, siente el desgarramiento de su glándula, acompañado de un terebrante dolor. «¡Dios mío!», piensa, «Me está castrando». Una castración que se consuma un segundo después, cuando aquellas terribles fauces, no satisfechas con su bálano, se apoderan también del resto de su aparato genital. La emasculación le produce un dolor mucho más intenso y desde su garganta brotan unos alaridos que suenan en el garaje como el ulular de una fiera herida.

Ya casi inconsciente, con el cuerpo desmadejado deslizándose columna abajo, se pregunta el porqué de aquello. ¿Por qué le está ocurriendo eso a él? ¿Por qué le ataca aquel monstruo, cuyos ojos sanguinolentos le miran fijamente mientras le arranca la bragadura? ¿Por qué? . . .

Federico pierde el conocimiento y poco después la vida sin conocer las respuestas a aquellas preguntas.